

ala delta

José Manuel SOUZA

**EL CANGREJO  
QUE TENÍA LA VIRUELA**



Carlos y Fedi están siempre juntos mientras dura el curso en el colegio. Cuando lleguen las vacaciones tendrán que separarse. Fedi se irá al campo y Carlos a la playa. Uno tendrá muchos amigos, y el otro se sentirá algo solo. Hasta que encuentre un gracioso cangrejo de lunares cuya compañía alegrará sus días de verano.

José Manuel Souza ha escrito varios libros y cuentos cortos en que deja rienda suelta a su imaginación soñando con animales libres e inteligentes dispuestos siempre a compartir las ilusiones de un niño.

*Para los cangrejos que, aunque andan  
hacia atrás, saben adónde van.  
Para mi esposa Loli y mi hija Eva, a quie-  
nes mis fantasías les quitan tanto tiempo  
de atención.  
Y, en definitiva, para todos los que, como  
Carlos, son capaces de entusiasmarse con  
un cangrejo.*

## Índice de contenido

Cubierta

El cangrejo que tenía la viruela

Fedi

Las vacaciones

Blusa

La novela de Carlos

El retorno

Contándoselo a Fedi

## Fedi

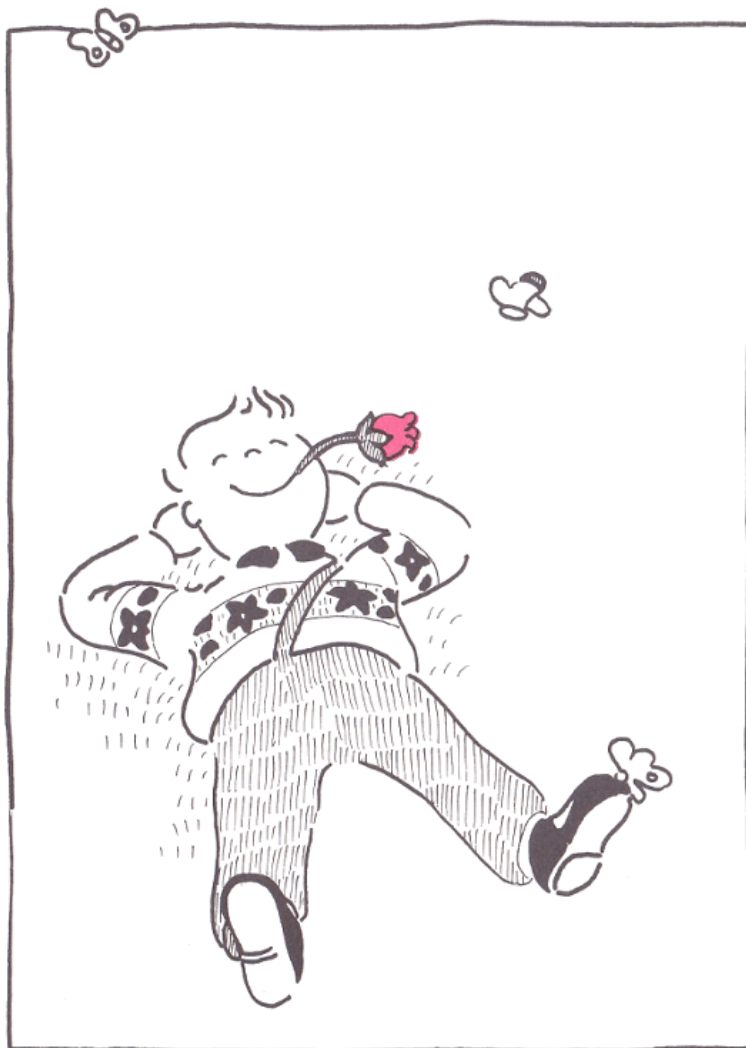
PARA Carlos los días amanecían con el color de la primavera, y tenían ese olor a campo nuevo, y ese sol poco intenso que daba luz a las flores sin llegar a quemarlas, porque a Carlos le gustaba ver las hojas de los árboles limpias, con su verde auténtico, sin aquel polvo que la atmósfera de verano incrustaba en ellas. En primavera, a finales de mayo, el patio del colegio les daba unas rosas preciosas: blancas, y amarillas, y rojas, y las que él llamaba rosas dobles (es decir, rosas de color rosa); y caléndulas, y lilas. Y también tenían un sauce cuyas hojas presentaban un verde claro muy limpio, como Carlos quisiera que fuese el de todas las hojas.

Carlos había cumplido ocho años, y su mundo se componía de una madre cariñosa y mandona; un padre también cariñoso que, generalmente, hacía lo que quería su madre, aunque era muy serio a la hora de leer el periódico; un amigo, Federico, compañero de colegio y de muchas ilusiones para el futuro, o mejor dicho, para «el porvenir», eso que tanto nombraban sus padres, sobre todo cuando pensaban que el chico no les estaba escuchando.

Carlos no tenía hermanos, y su amor a la naturaleza le hacía convertir a los animales de trapo en auténticos compañeros con vida propia. Así, por ejemplo, Castorcín le ayudaba a la hora de hacer los deberes de matemáticas, y Manchitas –el pequeño leopardo– resolvía todas sus dudas de inglés, y Asnaquete era su caballo en aquellas ima-

ginarias galopadas a campo traviesa, en las que se sentía protagonista de una película.

Todos decían que Carlos era un niño con una gran imaginación, que estaba lleno de fantasía, que poseía el don de pasárselo bien con cualquier cosa, y que además se fijaba en detalles en que los demás no reparaban. Por ejemplo, no le parecía justo que su padre tuviera que ir siempre –excepto en vacaciones y en zonas de veraneo– con las piernas entubadas en pantalones largos que daban mucho calor, mientras que él, por ser niño, podía ponerse pantalones cortos en cualquier momento, y su madre usar faldas. El día en que se lo dijo a sus padres ambos se echaron a reír, y luego su madre exclamó muy airoso:



—¡Estaría guapo tu padre con faldas, o en la oficina con pantalones cortos!

Era evidente que Carlos no comprendía cosas tan tontas como éstas, pero pensaba que alguna razón habría para que su padre pasase más calor que su madre. Al fin y al cabo, eso era cosa de los mayores, que nunca jugaban con juguetes, que siempre estaban hablando de sueldos y

trabajo. A él sólo le preocupaban las notas de fin de curso (y eso porque preocupaban mucho a sus padres), y saber si la madre de su amigo Federico –Fedi– tendría las vacaciones al mismo tiempo que sus padres, porque de lo contrario pasaría casi dos meses sin ver a su amigo.

Con el buen tiempo –ése de «primavera verde», como decía Fedi, porque veía el color verde del campo realzado por el contraste con margaritas y amapolas– les gustaba pasear en bicicleta y salir de la barriada hacia campo abierto. Carlos y Fedi vivían lejos de la capital, en uno de esos pueblos a los que llaman «ciudades-dormitorio», que todavía conservan algo de campo como telón de fondo. Y el pueblo de Carlos y Fedi tenía unos caminos de tierra dura y con árboles a los lados, estupendos para montar en bici. Así pues, en aquellos hermosos días de primavera hacían sus buenas escapadas.





Carlos adoraba a Fedi por su compañerismo y sencillez, y porque compartía con él su gran amor a la naturaleza; juntos gozaban recogiendo minerales y plantas, tratando de identificarlos después en los libros, y haciéndole preguntas a la profe.

Se acercaban las vacaciones y hacía buen tiempo. Los días eran tan hermosos como la naturaleza misma, y ape-

tecía poco estudiar. Carlos estaba seguro de que había llevado un buen curso, de modo que no tenía nada que temer acerca de sus calificaciones; pero en su interior subía y bajaba una especie de corriente eléctrica, provocada a la vez por la pena de dejar el cole y la alegría de empezar las vacaciones.

¡Por supuesto que las cosas salieron bien! Carlos obtuvo unas notas que llenaron de satisfacción a sus padres, aunque no tanto como a él mismo. Finalizado el curso, ¡cuánto tiempo libre le quedaría!

Carlos tenía los ojos de un azul agrisado, el pelo marrón oscuro –un poco rebelde y un poco rizado–, la cara ovalada y con la barbilla pronunciada.

«Parezco una pera al revés», se decía cuando se miraba al espejo. Le gustaba estar limpio, tenerlo todo en orden... Bueno, en un orden muy particular: dejar las cosas muy recogiditas, como le pedía su madre, le daba la sensación de que estaban muertas. Eso sí: las colocaba de modo tal que quedasen bonitas, que siempre supiese dónde estaban, y que sus padres no pudiesen regañarle.

Fedi creía a pies juntillas en su amigo; cuando la imaginación de Carlos lanzaba al aire alguna fantasía, Fedi sonreía con su boca grande, de labios carnosos y dientes perfectos.

–Esta tarde nos iremos en la bici más allá de la plaza de toros, donde están los eucaliptos: creo que por allí está enterrado un tesoro del pirata Drake.

–¿Sí? –preguntaba Fedi, crédulo y asombrado.



–¡Que no, hombre, que es un juego que me he inventado! –contestaba Carlos divertido.

Fedi tenía la cara redonda, los ojos oscuros, y una sonrisa ingenua. Su carácter sano y abierto le hacía ganarse el cariño de los otros chicos. Le gustaba estar siempre al aire

libre y creer en las fantasías de Carlos, que, después de todo, era su mejor amigo.

El hogar de Fedi era distinto del de Carlos. A Fedi le hubiera gustado tener un padre que estuviese todos los días en casa; un padre a quien preguntar cosas y con quien compartir juegos, porque para darle al balón o para echar peleas las mujeres no servían: en seguida se cansaban, y siempre terminaban con un «¡pero qué brutos sois los chicos!».

—Oye, Carlos: ¿qué hacen tus padres para llevarse bien?

—No lo sé. ¡Pero no te creas, también discuten! Aunque no sé por qué lo hacen: al final, mamá siempre se sale con la suya...

—Pero yo digo cuando se gritan mucho, cuando están muy enfadados...

—Pues... no; nunca los he visto así.

—Entonces a mí han de haberme tocado unos padres muy raros. ¡Por eso están separados!

Cuando Fedi hablaba de sus padres, se le humedecían los ojos y se le hacía un nudo en la garganta. Carlos, entonces, pensaba alguna historia para inventarse juntos, o un juego diferente.

Los dos amigos sentían un comecome interior cada vez más denso: las vacaciones ya estaban próximas, de modo que no tardaría en llegar el agrio momento de la despedida.

—Oye, Fedi —dijo de pronto Carlos, interrumpiendo el juego—: ¿cuándo te vas de vacaciones?

—Yo en julio. ¿Y tú? —respondió Fedi, adivinando la contestación de Carlos.

—Yo en agosto... Entonces, dentro de poco dejaremos de vernos hasta septiembre.

–Bueno... Pero, como dice mi madre, ¡hay que pensar en los niños que no pueden salir a ninguna parte! –se conformó Fedi.

–¿Vas al pueblo como todos los años? –preguntó Carlos.

–¡Claro, a la casa de mis abuelos! ¿Y tú dónde vas este año?



—A la playa, pero todavía no sé adónde. Mamá hablaba de ir al norte y papá parecía estar de acuerdo.

—¡Qué suerte! Tú viajas y ves sitios nuevos, en cambio yo voy siempre al pueblo de mi madre... Ya lo tengo demasiado visto —dijo Fedi, pero sin dar mucha importancia a la cosa.

—¡Yo por mí me iría contigo al pueblo, y nos lo íbamos a pasar pipa! —exclamó Carlos lleno de ilusión.

—Pues vente y te enseñaré la montaña del camaleón, y una cueva donde hace poco estuvieron sacando huesos del hombre primitivo.

Carlos y Fedi no deseaban pasar tanto tiempo lejos el uno del otro, pero las vacaciones eran las vacaciones, y los mayores las esperaban con gran ansiedad. En cuanto empezaba el tiempo cálido, Carlos disfrutaba viendo cómo sus padres hacían planes y esperaban el momento de la marcha. Fedi, por su parte, veía cómo a su madre se le reflejaba la ilusión en la cara, sobre todo cuando le decía:

—Venga, Fedi, que pronto estaremos bañándonos en el río...

El caso era que Carlos y Fedi dejarían de verse por más de un mes.

## Las vacaciones

-¿HAS puesto las raquetas, Inma? –preguntó Andrés, nervioso por los preparativos del viaje.

–¡No! ¿Para qué? ¿Para llevar un trasto más? Sabes que después no jugamos con ellas...

–Sí, mamá, ponías, que luego quiero jugar con papá – dijo Carlos con entusiasmo.

–Bueno... las pondré por complacerte. Pero todos los años nos pasa lo mismo, nos llenamos de cosas...

El ambiente familiar tenía la alegría del verano. Carlos estaba deseando llegar a la playa: le gustaba el mar con locura, quizá porque lo asociaba con las vacaciones, quizá porque en él veía las barcas de las películas de aventuras, con la diferencia de que eran tangibles, y hasta podía montarse en ellas.